



27-02-19-05-18-35

Por Julio Morales



La elegancia era, dentro de su criterio, más que un estilo de vida, sino una manera de pensar. Payton Dagger era un hombre que jamás verías mal vestido o sucio. Destacado por sus finos modales y su exquisita manera de hablar, era un caballero refinado y carismático, con un intelecto privilegiado y un ímpetu pomposo. Uno de los mejores escritores ingleses que jamás habían existido. El siglo XX apenas comienza y el señor Dagger ya era reconocido por su ingenio en el arte de la lengua y la literatura. Es un hombre silencioso y excéntrico que no habla más de lo necesario. Usualmente se le encuentra sentado en la terraza de su admirable vivienda, con un cigarro en sus labios y una taza de té caliente en su mano izquierda, mientras que, en la otra, sostiene una pluma. Se le observa sumido en la tinta y el papel, consumido por la riqueza de su propia creatividad, regocijado con mundos y seres que solo existen dentro de su mente. Inmutable y sereno, jamás perderá la compostura ni el ingenio.

Un londinense respetable, elegante y destacado, sin aparentemente nada inusual que presentar. Sin embargo, sus vecinos cuchichean constantemente, y los rumores se han extendido por todo Londres. Se dice que Mr. Payton Dagger guarda en su sótano un secreto. Los vecinos afirman haber escuchado ruidos extraños en su casa, inusuales para tratarse de un simple escritor. Ruidos metálicos... chirridos desconocidos.

Suspiro amargamente, permitiendo que el humo de mi pipa se disperse por todo mi despacho. Acomodo mi sombrero y me reclino hacia adelante en la molesta silla de madera para leer mejor el papel que tengo delante. Las instrucciones son claras, pero ridículas. Investigar a un londinense respetable sin evidencia previa sería abuso de autoridad, sin embargo, como inspector

inglés, yo no establezco las órdenes, muy por el contrario, mi trabajo es seguirlas.

Abrocho mi chaleco y cojo mi abrigo momentos previos antes de salir perezosamente.

La tormenta que se desata es notablemente precipitada y atronadora. Es inusual que, en estas fechas, a finales de febrero, surjan este tipo de aguaceros tan potentes. Soy afortunado de cargar conmigo siempre un paraguas.

Abirme paso en la calle con la estridente lluvia gélida es una acción poco reconfortante. Mi abrigo y mi sombrero son poco cálidos e insuficientes en contra del frío y el agua, sin mencionar que mi paraguas es anticuado, el cual presenta numerosos agujeros, una herramienta inútil.

Una tienda cercana muestra los últimos periódicos del día, aquellos que ya no se venderán. Saco ágilmente mi reloj dentro del abrigo para descubrir que son las 6:35 de la tarde, apegándose fielmente a mis estimaciones.

Alguien choca conmigo en su apresurada carrera, impactando su hombro con el mío en un acto brusco y ofensivo. No alcanzo a verle el rostro porque se lo cubría con su sombrero oscuro, pero puedo observar con lástima que carecía de abrigo. El gesto es descortés, por supuesto, aunque su apresuramiento es comprensible con semejante tormenta como esta, ningún individuo disfruta de ver su ropa mojada y su sombrero empapado.

La estación de tren está cerca, a no más de 150 metros, puedo escuchar su pitido mientras avanza, acompañados del dulce sonido de las llantas metálicas sobre los rieles.

Golpeteo la puerta de la casa 124 de Baker Street cuatro veces, intentando no sonar desesperado. Un mozo de apariencia joven me abre casi al instante. Entro precipitadamente en cuanto él me hace una seña para entrar.

— ¿Está el señor Dagger?— pregunto con intriga, quitándome el sombrero y cerrando el paraguas, intentando apaciguar mi agitada respiración.

— Así es— responde, haciendo una breve reverencia. A pesar de que es poco notorio, su acento francés es claro en mis oídos.

Me conduce por la casa. Sus pasillos son amplios y bien presentables, decorada minuciosamente con cuadros, jarrones, muebles; quien haya ornamentado el lugar, tenía gustos refinados y selectivamente elegantes, lustrosos y respetables.

— Mr. Payton está del otro lado de la puerta, señor — dice, señalando hacia la puerta de madera que yace delante.

— Gracias— replico, sin prestar mucha atención, escudriñando en los mínimos detalles de la casa, buscando algo relevante.

La perilla de fierro se siente fría al tacto, permitiendo que un escalofrío gélido recorra mi espalda cuando la giro. Abro la puerta con cautela.

La habitación que se muestra delante de mí posee una belleza resplandeciente. Es una sala de estar, con un par de sofás de terciopelo rojo, uno en frente del otro, divididos por una mesa de madera con olor a pino.

Hay un hombre sentado en el sofá más próximo a la puerta. Su nuca y su sombrero oscuro son lo único que mi vista alcanza a captar, pero no se necesita ser experto para asumir la identidad de aquel caballero: Mr. Payton Dagger.

— Inspector Nils, pase, lo estaba esperando— suelta él con voz suavizante, en cuanto se percata de mi presencia — Siéntese.

Escucho el sonido de mis botas sobre el piso mientras camino, examinando la habitación. Me acerco y me siento en el sofá opuesto al que se encuentra sentado el escritor. Me quito el abrigo y lo acurruco con cautela a un lado de mí.

El abrazador fuego de la chimenea es cálido y suave a mi tacto. Es una reconfortante sensación que todo hombre se deleita con sentir.

Me fulmina con su penetrante mirada oscura, tan negra como la noche misma. Su rostro es afilado y privilegiado, con una belleza consolidada y recalcada en todos los trazos de su expresión. Sus cejas rectas ascendentes parecen las de un tigre, afiladas como una espada. Mantiene su barba corta, pero no rasurada del todo, a diferencia de su bigote, el cual es tupido y curvo, como suelen tenerlo la mayoría de los ingleses respetables.

Soy capaz de ver a la elegancia misma reflejada en sus prendas. Su abrigo oscuro, su sombrero negro y sus guantes pálidos color crema son de un gusto exquisito.

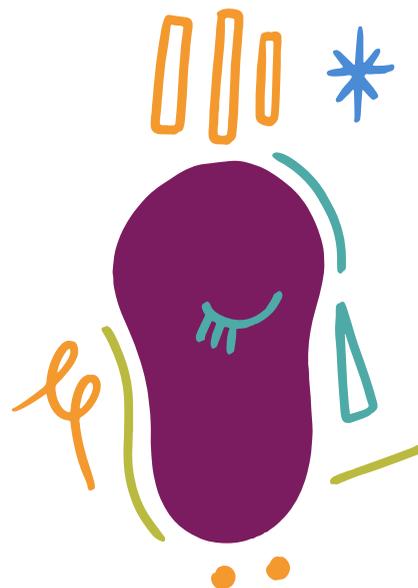
— La pregunta aquí es, señor Dagger, ¿Cómo supo usted que vendría? Y aún peor ¿Cómo supo usted quién era yo?— formulo, con intriga.

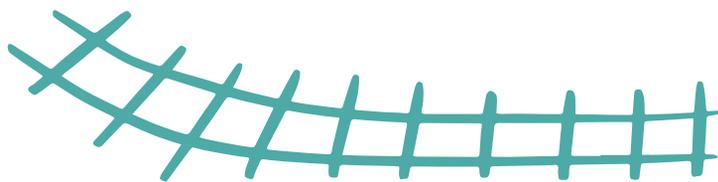
El señor Dagger no responde de inmediato, pausas a las que me acostumbro poco después. Fuma de su cigarro una última bocanada antes de dejarlo en el cenicero.

— Soy consciente, inspector, sobre los constantes rumores que corren sobre mí: dicen que guardo en el sótano cosas aterradoras, lo cual es ridículo, pero, ante la situación de verme amenazado por dichos rumores, asumí que en algún momento llegaría la policía a hacer inspecciones, y, he aquí usted— dice, con calma.

— Comprendo— le respondo moviendo la cabeza positivamente— pero aún no me explica cómo es que usted ya conocía mi nombre con anterioridad—.

Sonríe ligeramente, jugueteando con la pluma que tiene en su mano derecha. Mira constantemente una de las hojas que tiene a su derecha. Tengo la sensación de que goza de esto, disfruta de usar su gran intelecto.





Agarra la hoja de su extremo derecho y me lo enseña. En él, yace una lista de nombres conocidos, son las identidades de investigadores policíacos, al igual que yo.

— Verá, inspector— dice él, sin quitar esa mirada maliciosa de sus ojos— esta lista me muestra los nombres de todos los investigadores de Londres. Deduje su nombre por su manera de caminar, señor Nils, rígido, duro y poco suave, justo como los alemanes usualmente hacen. Y, en la lista, usted era el único con un nombre de procedencia alemana, por lo que asumí que solo podía tratarse de usted.

Me recargo sobre el sofá, arqueando una ceja, maravillado con las perfectas deducciones del escritor.

— Sorprendente, señor Dagger— le digo sin ocultar mi asombro— ¿No ha pensado usted en unirse a la policía?

Sus carcajadas rebotan por toda la habitación, divertido con mi comentario. El sentido del humor nunca ha sido una de mis características, pero, al parecer, una insensatez como aquella le causó mucha gracia a Mr. Payton.

— No me haga reír, usted sabe que soy un hombre de letras, no de crímenes—, sisea entre risas.

Saca otro cigarrillo de su bolsillo y permite que el fuego de su cerillo lo encienda. La delicadeza con el que sus dedos realizan el acto es ejemplar, es un hombre con un control absoluto sobre sí mismo, minucioso e inmutable como una roca, con un total conocimiento de sus acciones.

Su expresión serena se retuerce de inmediato. Se percata de un hecho que había pasado por algo, sorprendido.

— ¡Pero que descortés soy! — espeta, sobresaltado — no le ofrecí absolutamente nada ¿gusta usted una taza de té, un cigarro, un vaso de agua?

Descarto su idea con un ademán y un gesto negativo con la cabeza.



— Agradezco su hospitalidad, Mr. Dagger, pero como comprenderá, no estoy aquí para tomar un café— le digo con la seriedad debida.

Él nota la gravedad en mi voz y aprieta la quijada, pero no muestra ningún otro gesto de disgusto.

— Aun así, considero poco ético inspeccionar la vivienda de algún individuo sin evidencia previa— agregó— pero, como mi trabajo, espero que no le moleste que le pregunte: ¿oculta algo, señor Payton?

— ¡En lo absoluto!— responde con precipitación, reacción extraña, en la mayoría de los casos, el escritor es paciente al momento de usar la lengua.

Frunzo el ceño. Su arrebato es usual en la gente que miente, y las probabilidades de que lo haga son altas, aparte, hay un pequeño detalle en su casa que me tiene desconcertado, algo me huele mal.

— No puedo creerle, señor— digo con decepción.

Él se confunde con notaria claridad.

— ¿Qué le hace creer que yo oculto algo?— pregunta, extrañado.

Señalo una de las losas del suelo, aquella que está a dos pasos a mi derecha.

— Mi bota sonó diferente cuando pise aquella losa de allá, su resonancia era diferente al resto— Entrelazo los dedos de mis manos y apoyo mis codos en mis rodillas — está hueca.

Sus comisuras se expanden, enseñando una sonrisa torcida y satisfecha. Se levanta de su asiento sin quitar esa expresión victoriosa de su rostro. Se acerca a la losa previamente señalada y se detiene a un par de centímetros de ella. Se agacha, y con manos suaves pero firmes, la levanta.

Debajo, tal y como mis predicciones, había un hueco espacioso, en el cual yacía dentro un trozo de pergamino arrugado. El escritor desprende el pedazo de papel de su sitio y me lo entrega.

— Esto es lo único que oculto— exclama, sin descartar esa sonrisa maliciosa y picará de su rostro.

Desdoble el papel precavidamente. El mensaje que yace en él es el siguiente: "bien hecho inspector".

Levanto la vista, extrañado, con la mente llena de confusión, solo para encontrar la chispeante y victoriosa mirada del escritor, fascinado, como un niño pequeño en juguetería.

– Supero mi prueba, inspector, mis felicitaciones.

Una helada punzada en la nuca me hace sobresaltar internamente. No logro arrancar de mi alma aquella mala espina que cala en lo profundo. Algo me huele mal.

– Hubiera sido mejor haber encontrado algo ahí dentro, que no encontrar nada— mi voz se precipita a mis pensamientos, pero no la freno— usted me poniendo a prueba, obviamente, pero ¿por qué?

La punta de su cigarro se enciende otro poco mientras el humo de este entra en los pulmones del escritor, solo para salir de ellos poco después.

– Pregunta errónea, inspector— responde pausadamente, sin mirarme— debería preguntarse ¿para qué?

Tenso la quijada y arrugo el entrecejo. Sus palabras carecen de lógica, resuenan en mi cráneo, impregnadas a mis neuronas: ¿Para qué?

– Bien, señor Dagger – le digo, impaciente y poco amistoso— explíqueme el motivo de su pequeño acertijo.

Mete otra bocanada de tabaco dentro de su cuerpo. Su rostro inmutable permanece apaciguado como las piedras mismas. Hay un cierto aspecto perturbador en su estoica expresión, en sus ojos oscuros y su confiada actitud. Veo un profundo vacío dentro de sus pupilas, un hueco desalmado y frío.

– Usted tiene algo en su bolsillo derecho— dice con gravedad, con un dejo imperativo en sus palabras – sáquelo.

Algo en su voz me impulsa a obedecer. Introduzco los dedos en el lado inferior derecho de mi gabardina, hurgando, buscando.

Extraigo un pequeño boleto de tren, dorado y reluciente a mi tacto. No es más que un rectángulo de papel amarillento y centelleante con el borroso dibujo de un tren, incluyendo otros números impresos.

– ¿Usted ha leído alguno de mis libros, inspector Nils?— formula el escritor con curiosidad, conectando su mirada con la mía.

– Así es, leí el de “Viajantes” hace ya mucho tiempo – exclamo de mi parte, con soltura.

Aunque no se trata de una mentira, tengo pocos recuerdos del contenido de su libro. Recuerdo que se trataba sobre viajeros en el tiempo. No eran más que múltiples y rebuscadas hipótesis sobre viajes temporales, tan extravagantes como Mr. Dagger mismo. Sus teorías e ideas eran tan absurdas como el hecho de viajar en el tiempo, incluso, creo que ni siquiera terminé dicho libro.

– Respóndame una pregunta— añade él, penetrando mi ser con sus ojos, indagando en lo profundo de mi cuerpo - ¿Es el hombre responsable de sus propios viajes?

– ¿A qué se refiere?

– Es decir, el hombre no viaja sin que este no lo decida. Los trenes, autos, bicicletas, todas son creaciones del hombre para transportarse a sí mismo. Incluso, la acción de caminar, moverse, no puede realizarse sin la voluntad del individuo. El ser humano se mueve a sí mismo ¿o me equivoco?

La seguridad con la que habla es característica del escritor. Es un hombre forrado en su propio y enorme intelecto crítico. Jamás duda de sí mismo, y eso es aplaudible.

– Tiene toda la razón – le respondo, jugueteando en mis manos con el boleto de tren.

– Pero ¿y si existiera una fuerza que lograra transportar al hombre a un espacio y tiempo distintos, a pesar de la voluntad de este?

Tal y como imagine, Payton Dagger no piensa más que aturdirme con sus locas teorías. Suspiro internamente, decepcionado, no muy complacido.

– Pero, si esa fuerza pudiera ser controlada por la voluntad humana, tendríamos en nuestras manos un arma más poderosa que cualquier otra.

– Eso es imposible, señor Payton, para empezar, esa fuerza de la que habla usted no existe, y preferiría que se mantuviera así. Si es como usted dice, un arma de dicha magnitud sería demasiado para la humanidad. El pasado, así como el presente, y a su vez el futuro, se verían alterados.

No es una plática que ansié por escuchar, pero al verme sin ninguna otra acción por realizar, supongo que no sucederá absolutamente nada si disfruto del conocimiento y las hipótesis de este caballero inglés.



Sus labios se expanden como globos, deleitados con mis palabras.

— ¡Excelente respuesta, inspector Nils! — responde, regocijado como un niño con un chocolate— pero ¿cómo sabe usted que dicha fuerza no existe si jamás la ha visto? No porque usted no vea algo no significa que no existe.

Obtiene una mueca como respuesta.

— Comprendo su razonamiento, pero, como detective y como individuo pensante, usted comprenderá que es imposible creer en algo que no se puede percibir.

Extiende la mano y me ofrece uno de sus puros marrones, el cual yo acepto con gratitud. Lo enciendo y lo fumo sin precipitaciones, mirado al señor Dagger, pensando en sus rebuscadas pero interesantes palabras.

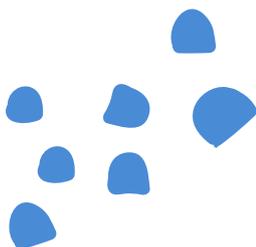
— Le recomendaría permanecer con la mente abierta, inspector, asumir que uno ya lo sabe todo es limitar el aprendizaje, y a su vez, el progreso — su magnificente voz es como un relámpago, es poderosa, pero, las palabras que emplea son la máxima cúspide de razón. Reconozco que, para ser un londinense rebuscado y amante del conocimiento, sus palabras persuasivas poseen parte de razón — como raza apenas hemos rascado la superficie de este mundo, y las riquezas que nos aguardan pueden ser más alocadas de lo que usted cree.

Para mi sorpresa, soy incapaz de responder. Me limito a fumar del cigarro que mantengo en mis manos, moviendo el pie hiperactivamente, sumido en las planteaciones del escritor.

— Aun así, mientras eso “nuevo” no aparezca, permanecerá inexistente ante mis ojos hasta que dicho factor me demuestre lo contrario— le digo sombríamente, apretando la quijada y el ceño.

Cruza las piernas y se acomoda en el sillón. Hurga y saca de su bolsillo un pequeño resorte de fierro con el que juguetea.

— ¿Me permite que le explique una teoría? — me pregunta caballerosamente, mirándome con un extraño brillo en su mirada.



Yo asiento en respuesta, lo cual a él lo regocija. Este es un terreno que conoce a la perfección. Su gigantesca imaginación la ha dedicado a crear esta múltiple de locas ideas sobre el tiempo, la fuerza y la transformación.

— Yo creo, que el tiempo es como este resorte. No es lineal — comienza— y, yo creo que existe una fuerza, capaz de hacer esto — dice, al tiempo que, con su pulgar y su dedo índice, comprime dicho resorte — es posible que exista una fuerza capaz de comprimir el tiempo, así como yo lo hago con este viejo resorte. Y, como puede ver, la parte inferior — dice señalando a la parte más baja del resorte — toca, a la parte más alta.

— Se conectan.

— Exactamente. Y, yo creo que es ahí, cuando se puede viajar en el tiempo— explica él, sin ocultar el entusiasmo en sus ojos.

Debo confesar, por supuesto, que Mr. Payton Dagger es la persona más apasionada que he conocido. Su carácter se basa en su criterio y el conocimiento acumulado que lo convierte en la persona tan apasionada que es. Disfruta de sus acciones, sus ideas y su intelecto, se asombra con los frutos que el mismo cosecho, con los pensamientos que el mismo creo.

La lluvia afuera ha cesado, pero el ambiente permanece sombrío y oscuro. El sol se mueve lenta pero constantemente, avanzando hacia el anochecer. Saco mi reloj de bolsillo para descubrir que son las ocho en punto, y lo que sería una inspección rápida se convirtió en una charla larga pero no poco interesante.

— Creo que es suficiente, señor Dagger— lo interrumpo, poniéndome en pie— no quisiera ser grosero, pero, lamentablemente, estoy aquí para inspeccionar su casa y su sótano, no para charlar. Y, no me gusta hacer suposiciones, pero me parece que con esta charla usted solo busca alejarme de dicho objetivo. Le agradezco el cigarro y la charla, pero debo ponerme a trabajar.

Apacigua su expresión. No parece ofendido. Comprende.



— Entiendo bien, inspector, mis disculpas – sisea, inmutable. Es un hombre que sabe controlarse emocional y mentalmente, lo que le brinda un autocontrol digno de un caballero – recuerde mis palabras, porque quizá puedan servirle en un futuro – escupe.

Se pone de pie perezosamente, imitándome.

Me guía por las diferentes zonas de su casa hasta llegar a una vieja puerta de madera. Le pide a uno de los mozos que están cerca una vela y un par de fósforos, la cual enciende sin dificultades. Saca una llave dorada y afilada para abrir la perilla con rapidez y agilidad sorprendentes. Delante, yacen unas escaleras que descienden a una oscuridad infinita.

— He aquí mi sótano— dice, entregándome la vela— puede inspeccionarlo si gusta, le daré el tiempo que usted desee.

Recibo la vela y la cargo con cuidado en mis manos. Comprimo con mis labios el cigarro que yace en mi boca, en señal de tensión, aunque lo disimulo con perfección.

Desciendo por las escaleras, iluminado por la tenue luz de una vela en mis brazos, inundado por la oscuridad. El humo del cigarrillo es invisible en la negrura del sótano.

— Ah, inspector— sisea el escritor desde arriba, recordando algo súbitamente – cuando vea su reloj, escuche el tren y vea el papel, entonces será su hora de actuar.

Las palabras de Payton Dagger no tienen sentido en mis oídos. Doy media vuelta y continúo descendiendo, sin prestar atención a la insensatez que el escritor inglés acaba de escupir.

Las escaleras terminan y dan lugar a una habitación vacía, o al menos, no con nada que pueda percibir más que la madera en mis pies y la oscuridad alrededor, esparciéndose como una infección contagiosa.

Camino con el entrecejo arrugado, sin poder quitarme ese extraño olor a inseguridad y ese amargo sabor en la lengua. El piso cruje delante de mí, así como la diminuta vela parpadea en mis

brazos. Admito, no con mucho entusiasmo, que hay algo siniestro dentro de esta habitación, es una percepción perturbable que cala en lo profundo de la columna. Mi pecho se infla y desinfla en coordinación con mi respiración.

Súbitamente, algo surge entre la oscuridad. Cuando me acerco y lo analizo con precaución, descubro que se trata de una cabina telefónica.

La pintura se ve opaca con la escasa luz. Su diseño es reciente, pero su estructura parece deteriorada, como si fuera un objeto creado hace años.

Acaricio el metal y permito que la gélida sensación del acero hormiguee en mis dedos. Hay una perilla diminuta, con la que se puede abrir una puerta que permite entrar a la cabina. La giró cuidadosamente para descubrir con deleite como la entrada se abre para dejarme entrar.

Penetro en la vieja y polvosa estructura, solo para encontrar las ventanas vidriosas mal limpiadas y un equipo telefónico en pésimo estado.

Paseo mis dedos por los botones de acero descuidados, forrados en polvo y tierra. Del cero al nueve, los números se asoman en cada uno de los botones, reafirmando su existencia. A un costado de estos, se aprecia un teléfono, conectado a la maquinaria por una múltiple maraña de cables en su parte inferior. El material está desgastado, aunque, con un poco de suerte y electricidad, podría funcionar.

Pero, ¿para qué quiere Mr. Payton Dagger una cabina polvorienta y malgastada en su sótano?

Esa pregunta es un olor amargo y rancio dentro de mi cerebro. Es un sonido agudo y estridente que cala en la profundidad de mis oídos. Es un sentimiento inseguro y titilante que contamina mi corazón con una sensación amenazante. ¿Para qué quiere esto aquí?

Algo llama mi atención. Debajo de los números, hay un símbolo extraño que atrapa mis ojos. Es un dibujo malhecho de ¿un tren?

Saco de prisa el boleto dorado que reposa dentro de mi gabardina. El papel se desliza suavemente entre mis dedos mientras lo observo con detenimiento. Esto es sumamente extraño. Yo, en muy escasas ocasiones he usado el tren en mi vida, por tanto, es casi imposible de que este boleto me pertenezca. Pero este boleto no llegó a mi bolsillo por casualidad, el destino lo ha depositado ahí por alguna razón.

En la parte inferior del papel, hay una secuencia de números sin aparente relación con el resto de los datos en el boleto: 27-02-19-05-18-35.

No es un número telefónico, eso es obvio a los ojos de cualquiera, supera los ocho dígitos. No tienen un patrón, un destino o una secuencia clara, posibles números al azar. Pero nada en esta vida es al azar.

Una extraña chispa brota dentro de mi cráneo y se esparce por todo mi cuerpo. Es un sabor ardiente, un escalofrío eléctrico y flameante que sacude mi ser. Por el arte de la observación, he aprendido que en el mundo de Mr. Payton Dagger, la insensatez y la locura son parte de la lógica, por lo tanto, una idea de la misma naturaleza no podría ser tan descabellada.

Aprieto el número dos sutilmente, seguido de un ruido mecánico. Prosigo con el siete, el cero y el dos, así como con el resto de los números, con los cuales, la maquinaria tiene la misma respuesta metálica y chirriante.

Cuando presiono el número cinco, el último de ellos, no obtengo por respuesta más que silencio. Ni un solo ruido se escucha en esta subterránea habitación oscura y muerta.

Aguanto el aliento, esperando con ansias aquel acto. Pero nada ocurre.

Aprieto la quijada, con la decepción en los labios. Acabo de cometer una ridiculez y es más agravante tratándose de un inspector profesional como yo. Me siento ridículo y desnudo ante mi propio ser, ¿Qué creía que iba a pasar? ¿Qué un secreto se revelaría? ¿Qué presenciaría un acto? La realidad es compacta y amarga, y fui estúpido al creer que el margen de existencia no se limitaba a solo aquello que mis ojos veían. Lo mágico y la sobrenatural solo existe en la mente del hombre, producto de su imaginación, extracto de su creatividad, y fui ridículo al creer lo contrario.

Cuando jalo la perilla para salir, descubre con impaciencia que está atascada, y por más que tiro, no se abre.

En eso, la cabina comienza a sacudirse, cual terremoto, por una fuerza descomunal que sacude la tierra misma. Una luz cegadora y chillante proveniente de todas partes me obliga a cerrar los ojos, la infernal oscuridad no es más que un viejo recuerdo, sustituida por un deslumbrante destello de luz. El chirriante ruido que destroza mis oídos es como el grito del destino mismo. Escucho cristales

rompiéndose, piedras gritando, el viento zumbando, papel rasgándose, campanas tronando, aves graznando, todo al unisonó, un amargo sonido que se agudiza a cada segundo, amenazando con destrozar mis inocentes tímpanos.

Percibo cómo mi realidad se sacude, mis sentidos al máximo, mi existencia misma al extremo. Mi cuerpo arde y mi corazón palpita como un relámpago. Mi mente blanqueada y mis extremidades paralizadas, ni siquiera mi voz es capaz de actuar, enjaulado en una celda que no puedo comprender. Todo muta, cambia y se transforma, en un juego sin reglas ni tableros. Mi ser solloza, atacado y devorado por luces, colores y sensaciones, una desastrosa mezcla con un potente olor a incomprensión y un amargo sabor a locura.

En las múltiples visiones carentes de lógica y entendimiento que atraviesan mis ojos fugaces, veo a la vida y la muerte, junto con muchas otras enseñanzas de aquel maestro que no tiene carne ni hueso. Veo al relámpago, al cielo, a la lluvia, a la luz, al fuego, al agua, y a todos aquellos amigos con los que jamás hable. Escucho al universo murmurando en mi oído, y veo como el libro del destino se reescribe ante mi propia presencia.

Algo se rompe, puedo sentirlo y va más allá de mi comprensión. El puente entre lo real y lo sobrenatural está roto, se dobla y estira como una cuchara vieja y desgastada. En mis venas corre no solo sangre, hay una fuerza dentro de mi pecho que no se puede apreciar ni tocar, pero sin dudas de su existencia.

— ¿Qué es esto?

De pronto, todo se detiene, como si alguien hubiera apagado el interruptor de la pesadilla a la que fui expuesto. La serenidad se apodera del mundo una vez más. Ya no hay ruido que quiebre mis oídos, ni luz que apuñale mis ojos. El aire vuelve a entrar a mis pulmones, pero el mareo y la amarga sensación en mi garganta no desaparece. Lo que acabo de experimentar no tiene explicación alguna, las manos me tiemblan y el gélido sudor escurre por mi cuello, cual fruto de mi temor e incomprensión. Mi vista desenfocada apenas puede mantenerse atenta, amenazando con cerrarse y no abrirse. Mi acelerado corazón es la única evidencia de lo que mi alma y cuerpo acaban de presenciar.

leel

Mi voluntad grita desde el interior, quebrantada y sin una pisca de fuerza. Lo que acabo de presenciar es un acto que amenaza con destrozar mi cuerpo y mi integridad. Levanto la vista con las últimas piscas de fortaleza dentro de mi alma, solo para descubrir que aún estoy en la cabina, pero el panorama, interna y externamente, ha cambiado drásticamente.

La desgastada y poco presentable apariencia de la cabina luce mucho más renovada. El polvo y la mala estructura ahora han sido sustituidos por un material que parece completamente nuevo, limpio y reluciente. La pintura tiñe las paredes y las ventanillas brillan como diamantes.

Pero lo que más llama mi atención, es el exterior. La eterna oscuridad que antes abrazaba al sótano ahora ha sido sustituida por un panorama urbano; la multitud camina por doquier, vistiendo y luciendo completamente diferente al resto. Las sucesivas construcciones que brotan del piso son tan variadas y exóticas como la gente que danza delante de mis ojos. Los múltiples sonidos que acompañan esta selvática escena también son dignos de atención: los diálogos de las personas, los ladridos de un perro en la lejanía, el lento avanzar de los carros en la avenida, el silbato de aquel policía malhumorado, las botas en el asfalto, el suave sonido del tren...

Me siento como si hubiera vuelto a nacer a pesar de que esta realidad es claramente familiar. Es una sensación deslumbrante, me deleito con el simple, pero complejo mundo bajo mis pies, que en ningún momento me di tiempo de disfrutar.

Salgo de la cabina, recobrando el aliento bruscamente, consiguiendo llamar la atención. Pero el mayor de mis problemas no estaba ni en mi debilitada condición ni mi destrozada integridad. Cuando miro el reloj, siento que el gigantesco peso del universo entero recae sobre mis titilantes hombros.

Un agudo y sucio nudo se cierra en mi garganta y me ahoga lentamente. Siento que mi corazón se detiene, mi cerebro no funciona, mi cuerpo se paraliza. El horror delante de mis ojos es como una aguja que punza en lo más profundo de mi pecho. El temblor en mis manos es imposible de revertirse.

— ¡Esto no es posible, no es posible, no es posible!

El reloj marca las 6:35 de la tarde. Hace un segundo, eran pasadas las ocho de la noche, es simplemente imposible, mi reloj debe de estar roto.

Pero no solo es el reloj, la luz y la iluminación del cielo, el sol es mucho más abundante que hace un rato. Entonces, el clima también está distorsionado.

El rostro de Mr. Payton Dagger, tatuado en mi cerebro, aparece en mi mente. Recuerdo el tapiz hueco en el piso, el pequeño papel sin contenido que el escritor escondió a propósito para ponerme a prueba. Claramente me estaba probando, pero ¿para qué?

El boleto de tren yace en mis manos aún, brillante y dorado como la primera vez que lo toqué.

“¿Es el hombre responsable de sus propios viajes?” su voz rebota dentro de mi cráneo, impregnada como letras a papel. Sus palabras resuenan cuales versos de una vieja y siniestra profecía: “¿Y si existe una fuerza que nos transporte a un espacio y tiempo distintos, a pesar de nuestra voluntad?”.

Mi corazón se paraliza, seguido de un chispeante escalofrío eléctrico que recorre mi columna e infecta todo mi cuerpo.

Mr. Dagger ya sabía que esto sucedería, trató de explicarme y yo lo ignoré, me puso a prueba y yo no lo noté.

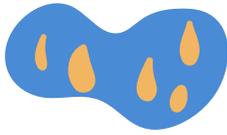
“Yo creo que el tiempo es como este resorte. No es lineal”, su voz suena tan real en mi imaginación, aunque no es más que un recuerdo de un pasado futuro.

Por no haberle creído, ahora estoy en un juego del que no hay salida. Puedo sentir las mismas cadenas del destino apretadas a mi garganta. Soy un maldito iluso y el precio por mi poca intuición ha sido el de la esclavitud. Me convertí en un peón de Mr. Payton Dagger, pero el tablero en el que me muevo aún me es desconocido.

Pensé que sus rebuscadas y exóticas ideas y teorías sobre viajes temporales partían de meras fantasías, pero no lo eran, y él lo sabía a la perfección. Era inevitable que este acto sucediera y Dagger lo tenía presente.

Él lo sabía. Él lo sabía. ¡Él lo sabía!

Las finas lágrimas que escurren por mi rostro son frutos de la impotencia. La furia e ira son consecuencias de esta inesperada revelación, que ha destruido todo mi pensamiento crítico y me ha demostrado que mis horizontes eran mucho más insignificantes de lo que yo creía.



Mi realidad está rota y mis lágrimas solo reflejan ese hecho. Lloro por culpa de la incompreensión, y de la aceptación de que he caído en una trampa mortal.

El silbato del tren me hace volver bruscamente a la realidad. Es un sonido agudo y amargo que se disuelve en la lejanía con suavidad, y, a pesar del inmenso ruido que me rodea, solo soy capaz de escucharlo.

Bajo la vista y me topo con mi pequeño reloj de bolsillo sobre mi mano izquierda. Sus características manecillas permanecen en un constante e interminable movimiento que solo nos recuerda la agria y punzante presencia de la muerte en nuestras insignificantes vidas.

Miro a la derecha, observo el panorama meticulosamente, y, entre todas las cosas que bombardean mis sentidos, una vieja tienda abarrotada de periódicos es lo que más atrae mi atención.

El rompecabezas se completa en mi cabeza. Los hilos dispersos ahora se entrelazan en un mismo punto, desencryptando con júbilo el enigma frente a mis ojos.

“Cuando vea su reloj, escuche el tren y vea el papel, será su hora de actuar”. Esas fueron sus últimas palabras antes de que descendiera hacia el sótano. Asumí que se trataban de simples disparates, pero no son más que las finas instrucciones que me han encomendado cumplir. Sin embargo, dicha tarea no me la ha dictado Mr. Payton Dagger, sino que he sido yo mismo.

— ¿Usted cree que el hombre crea sus propios viajes, inspector?

El boleto de tren no llegó a mi bolsillo por pura casualidad, ni por azar del destino, alguien lo dejó ahí por una razón.

Cuando la lluvia comienza a descender del cielo y mancha el piso con múltiples charcos, un hombre que yo conozco a la perfección aparece en la acera opuesta. Camina con rigidez, cargando su paraguas anticuado, encogido de hombros, forrado en su gabardina café y cubriendo su rostro con su sombrero oscuro.

El corazón me da un vuelco. El billete dorado en mi mano derecha es un recuerdo claro del simple y conciso papel que estoy destinado a desempeñar.

El hombre se acerca, y con él, mi hora de actuar. Mi respiración es un agitado, constante y repetitivo patrón de tensión. Los demonios y temores dentro de mi pecho estrujan a mi preciado y pobre corazón hasta exprimir las pocas gotas de seguridad que aún yacían en él.

No tengo otra alternativa. Corro mientras las chispeantes y juguetonas gotas que descienden del mundo arriba de nosotros caen sobre mi nuca. Me cubro el rostro con el sombrero entretanto mis pasos se aceleran, y con ellos, mis estruendosos latidos.

Cuando mi hombro se estrella bruscamente con el suyo, no es más que una distracción, una pequeña escena irrelevante que le da tiempo suficiente a mi mano para deslizarse dentro de su bolsillo y colocar con rapidez el brillante boleto de tren.

No detengo mi marcha a pesar de mi destrozada voluntad. Solo puedo correr, aunque sé que aquello a lo que me enfrento es imposible de escapar.

Para prevalecer aquello que todavía no nace, el destino me ha encomendado bailar una repetitiva danza por el resto de mi corta, pero eterna vida. Mis pasos y mis suspiros están contados, y tienen que ser precisos para no destruir lo que aún no se construye.

